



## ACTO SEGUNDO

El teatro representa un gabinete contiguo al comedor y modestamente decorado. Puerta al foro. En el lateral derecha, una puerta y una ventana. A la izquierda, en primer término, un diván, y algo más retirado, un velador, sobre el cual habrá un servicio de café. Al comenzar el acto aparecen los actores sentados mientras Margarita les sirve el café.

### ESCENA PRIMERA

MARGARITA, FELIPE, DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS,  
CARLOS y luego ROSA.

MARGARI. ¿Cuánto azúcar? (A Carlos.)  
CARLOS Dos terrones,

y aun hay de sobra con ellos,  
que servidos por tu mano,  
bastan, con ser tan pequeños,  
para endulzar todo el moka  
que existe en el universo.

MARGARI. ¿Lisonjas? Usted, Felipe.  
(Sirve a Felipe y al coger un terrón lo deja caer sobre el platillo.)

Se cayó. Suplan mis dedos  
las tenacillas. (Alarga la taza a Felipe.)

FELIPE Mil gracias.

CARLOS Qué suerte..., envidia le tengo.

MARGARI. El café.

ANSELMO ¡Conque tu viaje!...  
CARLOS Ni interesante ni nuevo.

Siempre en fábricas metido,  
entre el formidable estruendo  
de máquinas que sacuden  
sus músculos gigantescos,  
y que entrechocan sus dientes  
y vomitan por sus huecos  
espesas columnas de humo  
y rojas lenguas de fuego;  
¿qué pudiera yo contarles  
de los diferentes pueblos  
que visité? Nada o algo  
a todo interés ajeno.

Seguro estoy de que piensa  
lo mismo este caballero.

FELIPE ¿Yo? (¡Qué tortura!) Usted habla (Por Felipe.)

de algo que es grande y que es bello,  
porque encarna la más justa  
de las leyes: el progreso;  
todo lo que a él se encamina  
es sublime y es eterno.

La materia, como el alma,  
necesitan de ese aliento  
formidable, que va obstáculos  
y tradiciones corriendo;

feliz del que a la materia  
encamina sus esfuerzos;  
ése triunfa en el combate;  
más rebelde y más complejo

el organismo del alma,  
lucha más y avanza menos;  
y en tanto que la materia,  
sumisa a nuestros deseos,

nos ofrece sus tesoros  
y nos entreabre su seno,  
como esclava que se rinde  
al capricho de su dueño,

el alma resiste, brega,  
y cada triunfo completo,  
cuesta un siglo de amarguras  
y otro siglo de tormentos.

¡Ay! le es más fácil al hombre  
dominar con sus esfuerzos  
el rudo bloque de piedra,  
la informe masa de hierro,  
el rayo que va en las nubes  
y el mar entre rocas preso,  
que vencer una costumbre  
injusta, un error grosero,  
la superstición más leve  
y el absurdo más pequeño.  
¿Qué opinas tú?

ANDRÉS

CARLOS

MARGARI.

CARLOS

ANSELMO

FELIPE

CARLOS

FELIPE

ANDRÉS

FELIPE

Señor cura,  
yo de esas cosas no entiendo.

¿No entiendes?

Para nosotros  
el alma no tiene objeto.

¡Carlos!

Ustedes, acaso  
sin quererlo y sin saberlo,  
inventan y perfeccionan  
del espíritu en provecho.

¿Nosotros? ¿De qué manera?  
Diga usted.

Substituyendo  
en los campos, en las fábricas,  
en todas partes a un tiempo,  
a los músculos de carne  
por los músculos de acero.

¿Y qué?

Que cuando esto ocurra  
de un modo invariable y cierto,  
el hombre, libre de trabas  
que le sujeten al freno  
de materiales trabajos,  
podrá dedicar su empeño  
a un solo fin, el más noble,  
el más digno de su genio:  
la perfección del espíritu,  
el ensanche del cerebro  
y el predominio del alma,  
que es su misión y su objeto.

(A Carlos.)

ANDRÉS Con tan raras teorías  
adiós los santos preceptos.

MARGARI. ¿Por qué?

ANDRÉS Dios le dijo al hombre:  
Has de ganar el sustento...

ANSELMO Con el sudor de tu frente;  
no habló del sudor del cuerpo.

CARLOS Bien dicho: pero termine  
esta discusión, no demos  
motivo a que Margarita  
nos tache de desatentos.

MARGARI. ¿Por qué? La oigo con gusto.

CARLOS Más lógico es que tratemos  
de otras cosas. Yo, aun podría,  
evocando mis recuerdos,  
contar alguna aventura.

MARGARI. ¿Amorosa?

CARLOS Ni por pienso.

Si alguna mujer despierta  
ansias de amor en mi pecho,  
esa mujer, te lo juro,  
no vive en el extranjero.  
(¿Qué dice?)

FELIPE

CARLOS

(Acercándose a Margarita y con acento apasionado.)  
Vive más cerca.

¿Comprendes?

MARGARI.

FELIPE

No te comprendo.

(Quiere robarme la dicha  
tras de robarme el sosiego.)

MARGARI.

ANSELMO

MARGARI.

Sí.

(Tira del cordón de la campanilla.) ¡Rosa!

ROSÁ

MARGARI.

(Sale Rosa por el foro.)

Señorita.  
Llévate eso.

(Rosa recoge el servicio del café y se retira con él por  
el fondo.)

ANSELMO

Vamos al jardín, su sombra  
nos dará ambiente más fresco;  
tu cuarto, está donde siempre,  
del corredor al extremo.

(A Carlos, señalándole la puerta lateral de la izquierda.)

CARLOS Gracias.  
FELIPE (Bajo a Margarita.) Necesito hablarte.  
MARGARI. También yo hablarte deseo.  
En el jardín...  
FELIPE No es posible.  
MARGARI. Entonces...  
FELIPE Aquí te espero.  
ANSELMO Ven, Margarita.  
(Margarita se dirige hacia don Anselmo y se encamina al fondo, apoyada en el brazo de aquél.)  
CARLOS Al instante  
me uno a ustedes.  
(Hace ademán de dirigirse hacia la izquierda.)  
FELIPE ¡Un momento!  
(Carlos se detiene. Margarita y don Anselmo salen por el fondo. Don Anselmo les sigue a alguna distancia.)

### ESCENA II

FELIPE, CARLOS y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE Usted me habló del pasado  
y fuerza es que de él hablemos  
ahora.  
CARLOS Estoy a sus órdenes.  
(El padre Andrés, que llega al foro, se vuelve hacia don Felipe y le dice.)  
ANDRÉS ¿No viene usted?  
FELIPE No, me quedo  
un instante con don Carlos.  
Luego bajaré.  
ANDRÉS Les dejo.  
Los amigos siempre tienen  
que contarse algo. (Secretos  
entre uno y otro...) Señores,  
hasta después.  
CARLOS Hasta luego.  
(Sale el padre Andrés.)

### ESCENA III

FELIPE y CARLOS. Al final, MARGARITA. Felipe llega hasta el foro para cerciorarse de que el padre Andrés ha bajado al jardín.  
Luego vuelve al primer término, donde está Carlos.

FELIPE Usted conoce mi afrenta.  
El suceso desgraciado  
que en mi memoria ha gravado  
una página sangrienta,  
y que de mi alma arrancó  
los gérmenes de la dicha,  
pudo causar mi desdicha,  
mi remordimiento, no.  
CARLOS Porque así llegué a estimarlo,  
hablé del trance fatal  
en voz alta.  
FELIPE Hizo usted mal.  
A mí me importa ocultarlo.  
CARLOS ¿Por qué?  
FELIPE Pregunta insensata.  
(Si supiera...) No adivina  
que el pasado me asesina,  
y me avergüenza y me mata.  
¿No comprende usted que hui  
para que ninguno viese  
mi ultraje? Si tal no fuese,  
¿cómo estuviera yo aquí?  
Mi deshonra, aunque vengada,  
se hizo pública y persiste;  
aquí tan sólo no existe  
porque nadie sabe nada:  
aquí vine, por creer  
que en tan humilde lugar,  
nadie podría evocar  
los fantasmas del ayer;  
y viendo que usted iba a hundir  
esta dicha, la postrera,  
le he impedido que dijera...  
lo que pensaba decir.  
CARLOS No me explico su tormento:

el que, como usted, procede  
honradamente, ni cede  
ni teme al remordimiento.  
La infamia se desafía  
cuando se venga.

FELIPE

No acabe.

CARLOS

¿Por qué?

FELIPE

Porque usted no sabe  
toda la desgracia mía.  
La conozco.

CARLOS

FELIPE

¿Y considera  
que ocultarla necio ha sido?...  
No la sabe, o la ha sabido  
por los labios de un cualquiera,  
que en son de cuento la ofrece.  
Las penas, para sentir las,  
se hace necesario oirlas  
del mismo que las padece.  
Usted por mí va a saberlas;  
diga, después de escucharlas,  
si hay razón para ocultarlas  
y razón para temerlas.

CARLOS

Si evocando su memoria  
padece usted, yo no trafo...

FELIPE

Sufrir... Es corto el relato  
y muy sencilla la historia.  
(Pausa.) De un hogar rico y dichoso  
disfrutamos por igual  
un marido cariñoso,  
un amante venturoso  
y una mujer desleal.  
Ella, de instinto liviano,  
él, modelo de candor...  
El amante era un villano,  
de esos que nos dan la mano  
y nos quitan el honor.  
Lo quiso así la impiedad  
o el capricho de la suerte,  
formando esa trinidad  
que construye la maldad  
y que desata la muerte.  
Para el marido engañado,

vivió el crimen rodeado  
del misterio más profundo.  
No dudaba... El hombre honrado  
cree que lo es todo el mundo.  
(Pausa.) ¿Cómo lo supe?... No tiene  
valor... Un rastro, un indicio...  
Nube que el rayo contiene,  
pasa y cumple con su oficio  
sin decir de dónde viene...  
Vencí mi angustia mortal  
con esfuerzo sobrehumano,  
y fui al encuentro del mal  
acariciando un puñal  
entre mi convulsa mano.  
No quería que el fragor  
de un tiro mi deshonor  
contase y mi desventura...  
El hierro es arma segura  
y calla y mata mejor...  
Hasta la casa llegué...  
(Pausa.)  
Nadie me veía..., entré...,  
una escalera subí,  
la puerta en silencio abrí  
y en el cuarto penetré.  
Marchaba con precaución,  
con miedo, con turbación,  
acobardado, sombrío...  
Iba a recobrar lo mío  
y parecía un ladrón...  
Con planta torpe e incierta  
cruzo una estancia desierta,  
suenan besos más adentro,  
avanzo, empujo una puerta  
y mi deshonor encuentro...  
Poca luz..., la que bastaba  
para la deshonra mía...  
Aquella luz alumbraba  
a una mujer que reía  
y a un hombre que la abrazaba.  
Verme, trocarse en locura  
mi odio y su fiebre de espanto  
fue un momento, lo que dura

en los felices el llanto  
y en los tristes la ventura.  
La mujer lanzó un gemido :  
el hombre, irritado y fiero,  
llegó hasta mí decidido  
a salvarla... Aquel bandido  
era todo un caballero.  
¿Lucharon?

CARLOS  
FELIPE

A no dudar.  
Como lo pueden hacer  
el que desea salvar  
la vida de una mujer  
y el que la quiere matar.  
¡El miserable !... Duró  
poco su insensato anhelo ;  
mi arma en su pecho se hundió  
y su cadáver rodó  
por el alfombrado suelo.  
Por el cadáver salté,  
y ciego de rabia fui  
al sitio donde la ví  
refugiarse..., no la hallé ;  
la infame no estaba allí.  
¿Que no estaba?

CARLOS  
FELIPE

Había huído  
aprovechando el instante.  
Es tan vil, que no ha sabido  
ni respetar al marido  
ni morir con el amante.  
Huyó, y al mirar que huía,  
ví que en el fango se hundía  
la dignidad de mi nombre.  
¿Sin ella, de qué servía  
el cadáver de aquel hombre?  
De nada. Porque al matar,  
yo pretendía librar  
mi honor de su infame huella...  
y mi honor se fué con ella  
y no lo puedo salvar.

CARLOS

¡ Lance horrible ! Pero usted  
no tiene ningún motivo  
para ocultarlo.

FELIPE

Es que vivo  
de la traidora a merced ;  
porque en su tráfico inmundo  
no se detuvo un instante,  
y, muerto el primer amante  
abrió la puerta al segundo,  
mientras la chusma social  
repetía : « Esa liviana,  
esa torpe cortesana  
es mujer de Carvajal. »  
Entre el asqueroso cieno  
que las gentes revolvían,  
se mezclaban y se unían  
mi nombre y su desenfreno.  
¿ Podía yo ver con calma  
que sirviese mi apellido  
en azote convertido  
para desgarrarme el alma ?  
¡ Imposible ! No podía,  
y determiné alejarme  
de las gentes, ocultarme  
y hundir la vergüenza mía  
aquí donde sufro y vivo,  
sin que nadie sea osado  
a recordarme el pasado  
con acento compasivo.  
Un gesto, una indiscreción,  
harán que mi pena estalle.  
Necesito que usted calle.  
He aquí mi pretensión.  
Extraño afán... No recele ;  
puesto que así lo desea  
y lo pide, que yo sea  
quien su desdicha revele.

CARLOS

(Aparece Margarita en la puerta del foro. Al ver a Car-  
los, se detiene y se queda en actitud de escuchar.)

Su secreto está guardado  
por mi fe de caballero.  
De ella fío ; en ella espero.

FELIPE  
MARGARI  
CARLOS  
FELIPE

(¿Qué dicen?)

No haya cuidado.

Gracias.

CARLOS                   Así lograré  
que perdoné una imprudencia  
cometida sin conciencia.  
  (Se dirige hacia la izquierda.)

FELIPE                   ¿No va al jardín?  
CARLOS                   Luego iré.  
FELIPE                   Pues le aguardo.  
CARLOS                   No, señor.  
FELIPE                   Yo...  
CARLOS                   De ninguna manera.  
Bajaré por la escalera  
que limita el corredor.  
Hasta después.  
(Sale. Margarita, en el foro, y Carlos, por la izquierda.)

MARGARI.               (Es forzoso  
que él me diga...)

FELIPE                   (No hablará  
y mi pecho gozará  
de este martirio dichoso.  
¡La dicha! Qué necio fui...  
Dichoso, y pongo el objeto  
de mi dicha en un secreto  
que no depende de mí.)  
(Se deja caer con desesperación en el diván.)

ESCENA IV

FELIPE y MARGARITA. Al final, DON ANSELMO. Margarita avanza sin ser vista de Felipe hasta el sitio ocupado por éste.

MARGARI. (Llora.) ¡Felipe!  
FELIPE                   ¿Quién es?  
  (¡Ella!) ¿Tú?  
MARGARI.               Yo, que venía  
mientras que se despedía  
el mío del padre Andrés,  
a cumplir lo que exigiste,  
a verte. Llegaba aquí,  
te hallé con Carlos, le oí  
y me detuve.

FELIPE                   ¿Qué oíste?  
Dílo pronto.

MARGARI.               Asegurar  
la fianza de un secreto  
que yo ignoro por completo  
y que voy a averiguar.  
FELIPE                   ¡Averiguarlo! ¿Por quién?  
MARGARI.               Por ti...  
FELIPE                   ¡Qué insensata idea!  
MARGARI.               Es tuyo, y sea cual sea  
debe ser mío también.  
FELIPE                   No sigas, no hables así.  
Si mis secretos oculto  
y en mi alma los sepulto  
es por tu dicha, por ti.  
Por ti imploro compasión,  
por ti gratitud ofrezco  
a ese hombre a quien aborrezco  
con todo mi corazón.

MARGARI.               ¿A Carlos? ¿Te inspira enojos?  
¿Por qué?

FELIPE                   Porque se proclama  
tu adorador, porque te ama,  
te ama, lo he visto en sus ojos,  
y lo sé y nada le digo,  
e imploro su caridad  
con acento de piedad  
y actitudes de mendigo;  
y me humillo ante él, y llego  
a solicitar su amparo  
y en sus odios no reparo.  
¿Para hablarle en son de ruego  
el egoísmo me incita?  
¿Lo hago por mí? Por mí, no;  
por mí no rogara yo;  
lo hago por ti, Margarita.

MARGARI.               ¿Y si yo quiero exigir  
que hables? Responde.

FELIPE                   No aumentes  
mis angustias; no lo intentes,  
porque nada he de decir.

MARGARI.               El que ama no oculta nada.  
FELIPE                   Lo oculta, cuando al hablar  
sabe que puede aumentar

las angustias de su amada ;  
y lo oculta cuando espera  
ver en sus frases perdido  
el amor del ser querido ;  
es decir, la vida entera.

¿Porque no llegué a contarle  
aquella noche fatal?

Callé entonces, e hice mal.

Hoy no puedo revelarlo.

MARGARI. Felipe, ¿qué estás diciendo?

FELIPE. Que me da espanto creer  
que tu amor voy a perder.

MARGARI. ¿Dudas de mi amor sabiendo  
que en mi pecho vive y arde?

FELIPE. ¿La razón no se te alcanza?

Él es mi última esperanza,

¿cómo no he de ser cobarde?

MARGARI. Necio. ¿Y así desconfías

de mí, que existo por ti,

y al darte mi honra te di

todas las venturas mías?

Te engañas ; no eres buen juez,

no. La mujer, cuando llega

a amar a un hombre, se entrega

para siempre y de una vez ;

no hay fuerza que la quebrante,

ni valla que la sujete,

ni desdicha que la inquiete,

ni martirio que la espante.

Del hombre valor recibe

y es firme, invariable, fiel ;

ella no existe ; ella es él,

por él muere, por él vive,

en él lo concentra todo

y marcha con fe segura :

si él está arriba, a la altura ;

si está en el abismo, al lodo.

Así te amo y te amaré ;

así yo el amor comprendo.

De otro modo, ni lo entiendo,

ni lo siento, ni lo sé.

FELIPE. ¡ Bien mío !

MARGARI.

Torpe es la idea

que tus dudas ha causado.

Háblame de tu pasado,

por muy horrible que sea ;

refiéreme uno por uno

tus tormentos, tus dolores,

tus afrentas, tus rencores,

sin ocultarme ninguno.

Si hay penas, sabré llorarlas ;

si injusticias, combatir las ;

si humillaciones, sufrirlas ;

si amarguras, consolarlas ;

y si tu pasado es

digno de infamia y castigo,

sabré arrostrarlo contigo

aunque sucumba después...

Aunque tu bondad quisiera,

alcanzarlo no podría.

FELIPE

¡ Felipe !

MARGARI.

FELIPE

No faltaría

quien hacerlo te impidiera.

MARGARI.

¿Sujetar mi corazón?

¿Y quién iba a conseguirlo?

No hay razón para impedirlo.

¿Y si tuviesen razón?...

FELIPE

MARGARI.

¿Tenerla?... Yo quiero unir

nuestra suerte. De eso trato.

Sea cual sea, la acato ;

¿quién me lo puede impedir?

¿Eres hijo del azar?

No importa. Te amo y te sigo,

y el baldón parto contigo

y no te dejo de amar.

¿Algún ultraje obscurece

tu fama? Yo lo soporto,

y contigo lo comporto

y mi amor contigo crece,

¿Fuiste criminal? Pues bien,

no cedo. ¿Estás deshonrado?

¿Eres pobre? ¿Desgraciado?

Te sigo y te amo también.

A todo la inmensidad